

# EL ALBUM.

*In tenui labor.*

VIRG.

*Cosas hay que por ser pequeñas, no dejan de tener su importancia.,*

El Álbum es un libro en blanco que las señoritas presentan á sus conocidos para que en él escriban, dibujen o pinten lo que gusten. Muchas de ellas habrá aun entre nosotros que desconozcan este nombre, cuya dura pronunciación nos induce á dulcificarle diciendo más bien Albo. La moda de los Albos, después de haber recorrido la Europa y parte, de este continente, aún no ha llegado á nuestro país; mas decimos, aún no ha podido llegar por falta de quien la introduzca : nuestras señoritas no viajan, y en cuanto á los jóvenes todos sabemos las modas que ellos nos traen ; aún no ha habido entre aquellas una, que con la autoridad de viajera, «al haya presentado aquí con su Albo dispuesta á recoger las producciones de los ingenios del país : queremos pues hablar de este uso tan propio de las señoras que deseamos se generalice entre ellas, bajo los auspicios de la moda á la que ellas con tanto gusto se someten ; nos guardaremos muy bien del decir uso : un uso como extranjero le desechan, la moda por ser cosmopolita la ven con ojos de compatriota.

El ilustrado Lemontey, de la Academia francesa, cree encontrar la primera traza de los Albos en este sentimiento de orgullo ó de exaltación que nos incita á dejar señales de nuestro tránsito por lugares á los que no llegamos sin peligro ó no visitamos sin algún objeto notable; y nosotros diríamos que aspira tanto el hombre a la inmortalidad que no pudiendo perpetuar su existencia en este mundo, desea por los medios que están á su alcance recordarla á la posteridad. No sé qué complacencia experimentamos en dejarle algunos recuerdos nuestros á fin de que ella repita nuestro nombre: así es que vemos á Alonso de Ercillas consignando minuciosamente en octavas y en los troncos de los árboles su nombre, día y hora, para señalar su paso por las selvas del Perú; y así algunos de los nuestros que han visitado la cima del Ávila, sabemos que dejaron escritos sus nombres en un papel que contenía una botella que enterraron. ¡Cuántas noticias útiles, cuantos hechos notables, cuantos recuerdos gratos no se conservan por medio de estas inscripciones! Por los anticuarios sabemos, que los enfermos que en tropel acudían al templo de Escolapio, escribían en sus muros las enfermedades de que habían adolecido y los remedios habían curado; y que reunidas todas estas inscripciones por Hipócrates, formaron su obra de aforismos que puede dejarse como el más antiguo de los Albos; así es que el mejor y primer libro de medicina fue un Albo. Los romanos cuya lengua se presta tan bien a las inscripciones, adoptaron igualmente esta costumbre; en las ruinas del herculanes se ha encontrado un cuerpo de guardia cubiertas sus paredes de numerosos letreros. En fin, en todos los tiempos, y en todas las naciones las paredes de los colegios, cárceles, cuarteles y posadas han sido los registros en que unos y otros han consignado sus nombres, sus padecimientos, observaciones y recuerdos. No hay viajero que en las posadas no se halla divertido leyendo lo que sus paredes o ventanas se haya escrito por la infinita variedad de personas que las frecuentan. Un huésped lenguaraz, queriendo lisonjear a su patrono y manifestar su habilidad, escribió en un lugar visible de un mesón, en cuatro idiomas, la siguiente cuarteta:

Puedes viajero aquí hallar

Tout ce que tu peus vonloir:

Vinum, panem, pisces, carnes,

Coaches, chaises, horses harness.

Pero entre todas estas especies de Albos, los maros de las cárceles y calabozos son los que más abundantemente nos suministran inscripciones curiosas, bien sea por la belleza de los conceptos, bien por la notabilidad de los autores que han tenido la desgracia de habitarlas. ¡Qué vasto campo para la reflexión! Enterrado allí el hombre en vida, siente la necesidad imperiosa de participar á alguno su desgracia; vuelve los ojos y no encontrando sino las cuatro paredes que le circundan, deposita en ella sus pensamientos que salen marcados con el sello del infortunio, de la desesperación ó de la resignación, según el estado moral del que escribe. Cuando se destruyó la Bastilla en Paris, se encontró grabada, en el umbral de la puerta de un recóndito calabozo, la siguiente inscripción:

Grave a Paide d'un dent duquel je n'ai plus besoin. Le malheureux La Prié.

(Grabado con un diente que ya no necesito El desgraciado La Prie).

Un prisionero de la Torre de Londres expresó la más grande resignación en esta quarteta:

That which the world miscals a gaol,

A private closet is to me;

Whilst a good conscience is my bail,

And innocence my liberty.

Lo que equivocadamente llama el mundo cárcel es para mí un gabinete privado; entre tanto, estoy libre si me hallo inocente, y no tengo otro freno que una conciencia pura.)

Inscripciones semejantes se han recogido también de nuestras prisiones en los tiempos calamitosos de nuestra gloriosa emancipación; tiempos en que ellas se veían atestadas de todo cuanto había de más ilustre entre nosotros, cuando se tenía ó deshonor no hallarse, ó en las mazmorras padeciendo por la patria, ó en el campo de la victoria peleando por ella. El siguiente soneto del general Tomas Montilla se ha encontrado escrito en la bóveda llamada grande, de la Guaira.

Bóveda pestilente y pavorosa,

Mansión del crimen, de maldad morada,

A sepulcros de vivos destinada

Más que la tumba fría y silenciosa:

Como el averno, ardiente y calurosa,

De insectos y reptiles habitada,

Por el temblor á ruina amenazada,  
Y imitación del caos tenebrosa:  
Tú fuiste habitación del inocente  
Al odio y al furor sacrificado,  
Víctima de venganza é injusticias  
No guardaste al malvado y delincuente,  
Sino al que del contrato más sagrado  
Fio sin temor, engaño ni malicia.

De los muros del castillo de San Carlos en Maracaibo se ha copiado la siguiente décima, que demuestra muy bien las reflexiones que ocupaban al desgraciado prisionero que allí padecía por su patria.

El tigre cruel, sanguinario  
Su propia especie perdona,  
Ni por furor se abandona  
A capricho imaginario;  
Pero el hombre de ordinario,  
Siendo humano al parecer,  
Demuestra siempre placer  
En ser toco, caprichoso,  
Porque se juzga dichoso  
En destruir su propio ser.  
Diciembre 7 de 1818.

Los Albos, que al principio no eran otra cosa sino la superficie de paredes, pasa mi después del nacimiento de las letras a ser libros destinados expresamente a este objeto. Los alemanes, parece, fueron los primeros que usaron de ellos; y a su imitación los viajeros los adoptaron y generalizaron en toda la Europa. Una da las primeras pruebas que Algernon Sidney da sus principios republicanos, fue cuando la universidad de Copenhague la trajo su Albo para que escribiera algo en el consignó entonces el sentimiento que le animaba en los siguientes versos:

Mamos, hoc, inimica tyrannis,

Ense petit placidam sub libertate quietem.

Los Albos con el tiempo han pasado a ser tan comunes, que en el día, no hay señorita, principalmente en Europa y Norte América, que no considere este libro como uno de los muebles necesarios á su sexo. Introducido esté uso, digo esta moda, en nuestro país nos parece que nuestro bello sexo no dejaría de reportar ventajas de ella. Como los Albos admiten todas las diferentes producciones del ingenio, así en verso como en prosa, en pintura como en **música**; como ellos á nadie perdonan su tributo, pues cuando el contribuyente, sea porque es pobre de espíritu, ó avaro del que tiene, no puede ó quiere dar nada suyo, le permiten que se aproveche del trabajo ajeno para que indique en esta elección, cuando no talento, al menos gusto; las señoritas tienen necesariamente que adquirir un pequeño fondo de conocimientos generales que las ponga en estado de juzgar del mérito de las ofrendas que se les dedican. La teneduría de estos libros sería un agradable curso de educación práctica, por cuyo medio ellas irían adquiriendo conocimientos en la historia, geografía, mitología a ideas generales sobre literatura; ellas de este modo se familiarizarían con nuestros autores clásicos y dejarían de conocer a Melendez solamente por su *Selva y prado*, ó á Arriaza por su *Dulce posesora*. Hacemos aquí la protesta de usanza siempre que se ofrece hablar de los estudios propios á las mujeres: aunque la era presente ya ha probado que son capaces de todo, sabemos que para que ellas ocupen dignamente su puesto en la sociedad, no necesitan ni aun de los estudios que constituyen la educación que se reputa indispensable para un joven; pero si deseamos que cuando por incidencia en la conversación se toquen estas materias, entiendan lo que se habla; deseamos que cultiven su entendimiento para que adquieran ideas que desarrollen sus naturales talentos y no permanezcan tan extrañas á todo lo que no sea modas, novelas ó **tocar un valse en el piano**; deseamos en fin que cuando por casualidad se encuentre un pedante que pregunte á una de nuestras señoritas *¿ de quién gusta U. mas, de Alejandro ó César?*; no haya una simple que responda : *no sé porque ninguno de ellos ha venido á casa*. Estos Albos al cabo de algunos años serian una preciosa elección formada como el panal con el jugo de diferentes flores; un depósito de producciones de poetas, de conceptos de prosistas, de imágenes de pintores y **composiciones de músicos**; una fuente inagotable de recuerdos que no permitiría jamás olvidar el nombre de aquellos amigos que el destino hubiese ausentado ó hecho desaparecer del mundo. La madre pasaría su Albo á la hija que lo apreciaría como una grata memoria de ella, y transmitiéndose así á la posteridad, la conservación de estos libros sería mucho más útil que la de los roídos títulos de nobleza.

**Enlace al documento en:**

[Base de datos: Música en el semanario El Nacional \(1834-1841\)](#)

**Enlace al blog:**

[Noticias musicales en el semanario El Nacional \(1834-1841\)](#)